

PRESENTACIÓN

«El aprovechamiento de nuestros recursos hidráulicos no puede ser en lo político la obra de un solo partido, sino el fruto de la continuidad y del respeto general hacia una convivencia superior.»

Esta reflexión –que traíamos a colación cuando empezaba hace un año la celebración del 50º Aniversario de los Pueblos de Colonización– encabezaba el Plan General de Obras Hidráulicas de 1933, impulsado por el ministro de Obras Públicas, Indalecio Prieto. Este Plan aceleró la construcción del Canal de las Bardenas y contempló, para su rápida ejecución, la «colonización interior de las tierras de las Cinco Villas de Aragón».

A lo largo del año, hemos tenido numerosas ocasiones para explicar el desarrollo histórico de las obras, que no estuvo exento de peripecias y quebrantos de toda índole. Yesa arrancó en 1928, rescindiéndose el primer contrato tres años después. El Plan de Indalecio Prieto, por su parte, clarificó la situación administrativa y técnica del proyecto en su conjunto y en plena II República empezó a construirse también el Canal. Sin embargo, como otras muchas aspiraciones de la época, la guerra civil arruinó también ésta de nuestros abuelos. Hubo que esperar varios años para que pudiera reanudarse; hasta 1951, por ser más preciso, que fue cuando se declaró de «alto interés nacional» la colonización de la zona dominada por el Canal de las Bardenas y se comenzó a elaborar el proyecto general, imprimiéndole la celeridad necesaria para poner en marcha los pueblos nuevos al mismo tiempo que las obras hidráulicas.

Cuando, el 8 de abril de 1959, se inauguró el Canal de las Bardenas, la faz del municipio cambió radicalmente. Durante cientos de años, estas tierras habían sido corralizas de pastoreo de ganados trashumantes y, a mediados del siglo XIX, se habían roturado para producir simplemente cereal en secano. Por eso, cuando

el 10 de febrero llegó a El Bayo la primera familia, se estaba abriendo una de las etapas más importantes de nuestra historia local. Ejea, que lleva el «agua» en su nombre original, vio cómo del agua surgían seis pueblos nuevos y, desde esa nueva situación, entró decididamente en la ruta de la modernidad. Aunque con menos extensión, el fenómeno fue similar en Tauste y Sádaba.

¿Para qué ha servido la celebración del 50º Aniversario de aquellos históricos acontecimientos? En primer lugar –evidentemente– para recordarlos y para rendir homenaje a la memoria de los pioneros, de los colonos fundadores de los pueblos, empeño sobradamente logrado a través de un rico programa de actos muy bien coordinado por Alfonso Cortés.

Pero el 50º Aniversario ha servido también para constatar el agotamiento del modelo surgido de la colonización franquista, así como para asentar y difundir la conciencia de que es preciso refundarlo, acometiendo el diseño de un modelo nuevo para superar unos problemas que, por lo demás, no son demasiado distintos a los que sufre ahora mismo el mundo rural en general y la economía agraria en particular.

En ese sentido, hay que decir que, si hubo un momento central de la conmemoración, ése fue el I Encuentro Nacional de Colonización Agraria, inaugurado por la ministra de Medio Ambiente, Elena Espinosa y, a lo largo del cual, se puso de manifiesto la situación actual de los pueblos nacidos en la colonización de hace cincuenta años en diversas regiones de España.

Y si hubiéramos de elegir el legado que queremos como resultado del 50º Aniversario, no tendríamos dudas en señalar el Plan Estratégico de Desarrollo de los Pueblos de Ejea, hecho con la participación de todo el tejido social y económico y expresión cabal de ese compromiso de refundación al que nos hemos referido.

Este libro, que pone punto final a la conmemoración, es un buen reflejo de todo ello, razón por la cual quiero proclamar mi gratitud a Alberto Sabio, coordinador y autor, y a Luis Germán, Gustavo Alares, José Guarc, Mariano Berges y Teresa Sevillano, autores de diversos e interesantes artículos. A ellos debemos las páginas que siguen, contribución muy notable a la historiografía aragonesa reciente y también –por qué no decirlo– a la revitalización del aquel espíritu invocado por Indalecio Prieto en 1933, pues la reinención que propugnamos de estos pueblos forma parte de esa clase de empresas cuyo éxito sólo puede ser «fruto del respeto general hacia una convivencia superior».

Javier LAMBÁN MONTAÑÉS

Presidente de la Diputación Provincial de Zaragoza